



# *Tierra inestable*



CLAIRE FULLER

*Traducción del inglés a cargo de  
Raquel Vicedo*



IMPEDIMENTA



*Para mis padres  
Ursula Pitcher  
y Stephen Fuller*

*O, will you find me an acre of land,  
Savoury sage, rosemary and thyme,  
Between the sea foam, and the sea sand,  
Or never be a true love of mine.<sup>1</sup>*

«Scarborough Fair»,  
balada tradicional inglesa

1. Un acre de tierra tendrás que encontrar, / ajedrea, salvia, tomillo y romero,  
/ entre la arena y el mar de acero, / si tu intención es mi amor conquistar.  
(*Todas las notas son de la traductora.*)

El cielo de la mañana clarea y la nieve cae sobre la casa. Cae sobre el techo de paja, oculta el musgo y los daños provocados por los ratones, aplana las ondulaciones, rellena los huecos y los desperfectos, se derrite donde entra en contacto con los ladrillos de la chimenea. Se acomoda sobre las plantas y el suelo desnudo en el jardín delantero y forma un montículo perfecto sobre el poste podrido de la cerca, como si lo hubieran moldeado con una taza de té. Cubre el techo del gallinero y los del retrete y la antigua vaquería, y espolvorea el banco de trabajo y el suelo donde hace mucho tiempo se rompió la ventana. En el huerto de atrás, la nieve se cuele por los desgarrones del túnel de polietileno, enfría los plantones de cebollas a diez centímetros bajo tierra y marchita los nuevos brotes de acelgas. Solo la cabeza del último repollo de invierno se niega a sucumbir y sigue esperando con las hojas interiores rizadas, verdes y fuertes.

En la alta cama de matrimonio que hay subiendo por la escalera izquierda, Dot descansa junto a su hija adulta, Jeanie, que ronca suavemente. Algo peculiar en la luz de la habitación la ha despertado, y no logra volver a dormirse. Se levanta de la cama —las tablas del suelo están frías; el aire, aún más frío— y se pone la bata y las pantuflas. La perra —la perra de Jeanie—, un ejemplar de caza color bizcocho que duerme en el descansillo de espaldas al seno de la chimenea, levanta la cabeza a su paso como preguntando dónde va tan temprano, y la baja al no obtener respuesta.

Abajo, en la cocina, Dot atiza las brasas de la estufa y echa dentro una bola de papel, algo de fajina y un tronco. Nota un dolor. Detrás del ojo izquierdo. Entre el ojo izquierdo y la sien. ¿Tiene nombre ese lugar? Debería ir al oculista para una revisión, pero luego ¿qué? ¿Cómo va a pagar las gafas nuevas? Tiene que ir a la farmacia a por las recetas, pero le preocupa el dinero. Aquí abajo también le pasa algo a la luz. ¿Está cambiando? ¿Bajando? ¿Brillando? Se toca la sien para ubicar el dolor y entre las cortinas, por el hueco que dejan, ve que está nevando. Es 28 de abril.

Sus movimientos deben de haber despertado de nuevo a la perra, porque ahora oye arañazos en la puerta que hay al pie de la escalera izquierda y extiende el brazo para abrirla. Observa como su mano agarra el hierro forjado, las manchas hepáticas y el patrón que dibujan los pliegues le parecen extraños, distintos a todo lo que conoce: la mecánica de sus dedos, la forma en que la piel de los nudillos se tensa sobre el hueso, que se curva en torno a la manija. La articulación se le antoja ajena: la mano de una impostora. El esfuerzo de apretar la diminuta pieza con el pulgar se le hace insoportable, siente un cansancio físico peor incluso que cuando sus mellizos tenían tres meses y nunca se quedaban dormidos al mismo tiempo, o durante

aquel período terrible, después de que cumplieran doce años. Pero presiona muy concentrada y el pestillo se levanta. La perra asoma el hocico, el resto de su cuerpo va detrás. Suelta un gemido y lame la mano izquierda de Dot, que cuelga junto a su muslo, y presiona la trufa contra la palma de la mujer de modo que la mano empieza a balancearse sola, como un péndulo. El dolor aumenta y a Dot le preocupa que la perra despierte a Jeanie con sus gemidos; Jeanie, que duerme en el lado derecho de la cama doble, en el hueco que formó primero su marido, Frank, muerto hace mucho tiempo, y luego, en las raras ocasiones en que sus hijos no estaban, ese otro hombre inmencionable en casa, que es demasiado alto para esa vieja cama y no puede estirarse, y que después hundió aún más Jeanie a pesar de que es muy poquita cosa y solo probó un pedazo minúsculo del bizcocho Victoria que prepararon el mes pasado cuando Dot cumplió setenta años para la fiestecita que montaron aquí en la cocina cuando Bridget sacó el teléfono e hizo fotos de Julius con el *fiddle* y de ella con el banjo y de Jeanie con la guitarra mientras todos cantaban después de un traguito de oporto, para lubricar las cuerdas vocales, dice siempre Julius, y la sensación que tiene Dot ahora es como cuando después de la tercera copita se sintió torpe y confusa y no podía pensar con claridad y mareada dejó los restos del bizcocho sobre la mesa y esa perra traviesa se levantó sobre las patas traseras y lo furó al suelo y ellos la regañaron y se rieron hasta que el costado le... ¿golió? ¿nolió?... Todos sus seres queridos, menos uno, estaban allí con ella y la perra ladraba y saltaba y ladraba toda nerviosa y montando un escándalo como cuando sale a la nieve, y va a despertar a Julius, que tiene el sueño ligero y se sobresalta con nada.

Todos estos pensamientos y muchos más, de los que Dot apenas es consciente, le pasan por la mente mientras su cuerpo

se ralentiza. Quiere quitarse este abrigo húmedo, como hacen las gallinas con las plumas en otoño. Es un peso muerto. Pesado como el plomo.

Dot cae de espaldas sobre el sofá de la cocina como si alguien hubiera extendido la palma de la mano y la hubiera empujado por el esternón. La perra se sienta sobre las patas traseras, baja la cabeza hasta la rodilla de Dot y le da golpecitos en la mano hasta que esta la coloca entre las orejas del animal. Y entonces, todos los pensamientos de gallinas y de niños, de cumpleaños y de camas, todos los pensamientos de todo se desvanecen y callan.

Las preocupaciones de setenta años —el dinero, la infidelidad, las mentirijillas— se esfuman, y cuando se mira la mano ya no es capaz de decir dónde termina ella y dónde empieza la perra. Son una única sustancia, enorme e ilimitada, como el sofá, el suelo de piedra, las paredes, el techo de paja de la casa, la nieve, el cielo. Todo está conectado.

—Jenie —llama, pero oye otra palabra. No está preocupada, nunca había sentido tanto amor por el mundo y por todo lo que hay en él.

La perra emite un sonido que no se parece a ningún sonido que haría un perro y retrocede, lo que obliga a Dot a retirar la mano de su cabeza huesuda. Se revuelve en el sofá, quiere volver a tocar al animal, abrazar a la perra y zambullirse en su interior. Pero cuando se inclina lo hace con demasiado ímpetu, su pie izquierdo se tuerce y resbala por el suelo. Pierde el equilibrio y cae de bruces, la mano derecha se proyecta con intención de amortiguar la caída, mientras que la otra queda atrapada debajo del pecho, el dedo con la alianza inmovilizado bajo el peso de su cuerpo. La cabeza de Dot se hunde y su frente golpea el borde del hogar, donde siempre ha habido una baldosa ligeramente levantada, y esta se mueve de modo

que las herramientas de hierro para el fuego, que están colgadas junto a la estufa, caen. Un último fragmento lúcido de la mente de Dot teme que el ruido de la pala y el cepillo alteren el ritmo del corazón de su hija, hasta que recuerda que esa es la mayor mentira de todas. El atizador, que también se ha caído, rueda debajo de la mesa, se balancea una, dos veces, y se queda quieto.



Jeanie se despierta cuando Julius le sacude el brazo, al principio con delicadeza y luego más bruscamente. Aunque él le ha dicho que no corra, baja volando las escaleras detrás de él y el camisón aletea a su espalda. La cocina está en penumbra: las cortinas están echadas; las luces, apagadas; solo la ilumina el resplandor anaranjado que irradia el fuego de la estufa. Su madre yace bocabajo en el suelo, inmóvil. Jeanie se lleva las manos a la boca para ahogar un ruido.

—Ayúdame a darle la vuelta —dice Julius, y cuando Jeanie toca a su madre, sabe que está muerta. Dot tiene los brazos a los lados del cuerpo y los tobillos cruzados, las pantuflas se le están saliendo y, aunque lleva puesta la bata, Jeanie piensa que parece que esté tomando el sol, algo que su madre nunca habría hecho; si estás al aire libre, es porque estás trabajando.

Jeanie aparta la mirada de la herida que Dot tiene en la frente y luego, para evitar verla del todo, se tapa la cara con las manos. Entre sus dedos se filtran franjas de luz rosada,

que dejan ver la cocina y segmentos del cuerpo de su madre. Cuando ella y Julius tenían doce años, en Priest's Field, tampoco había sido capaz de apartar la mirada. La perra, que hasta entonces ha estado encogida de miedo debajo de la mesa de la cocina, da un paso al frente con un gemido y Jeanie se quita las manos de la cara.

—¡Maude! —Jeanie chasquea los dedos y la apunta con uno, y la perra se escabulle otra vez debajo de la mesa.

—El cuello, ponle los dedos en el cuello. Búscale el pulso —dice Julius. Está agachado al otro lado de Dot solo con los pantalones del pijama. Jeanie no lo ha visto sin su ropa de trabajo en años. Tiene canas en el pecho; los brazos y el torso musculosos por el trabajo físico.

Por costumbre, y sin ser siquiera consciente de que lo está haciendo, Jeanie se coloca los dedos en el cuello y luego toca brevemente a su madre en la mejilla.

—Está fría. Es demasiado tarde.

—He intentado llamar a una ambulancia, pero mi teléfono no tiene batería —dice Julius.

—No hace falta. Es demasiado tarde.

—Debe de haber habido un apagón. Se fue la luz anoche. Voy a mirar los plomos.

—Se ha ido, Julius.

—¿Y si probamos lo de bombarle el pecho?

—Está muerta.

—Dios.

Julius tiene una expresión solemne y la situación es tan inesperada que a Jeanie le entran ganas de reírse. Una carcajada de incredulidad crece como un eructo en su interior y de nuevo se tapa la boca con fuerza para contenerla. Julius se lleva las grandes palmas extendidas a la cabeza, a la altura de las entradas, y su cuerpo empieza a sacudirse con convulsiones;

sus sollozos se asemejan a la llamada de un animal exótico. Jeanie lo mira fascinada. Nacieron con casi un día de diferencia, él primero y Jeanie después —sin que nadie la esperara ni estuviera preparado para ello—, con la ayuda de su padre, presa del pánico, porque la partera ya se había ido a casa. «Mi escuchimizadilla», había llamado cariñosamente Frank a su hija. Jeanie a menudo piensa que esas veintitrés horas explican las diferencias entre ella y Julius: el hecho de que él acepte el mundo y muestre sus emociones, sea abierto con las personas y las situaciones; mientras que ella, Jeanie, ansía el hogar, la tranquilidad y la seguridad.

Jeanie extiende el brazo con torpeza por encima del cuerpo de su madre, tira de Julius para que se ponga de pie y lo lleva hasta el sofá, donde ambos se sientan. Maude mira hacia arriba como si esperara una invitación para unirse a ellos, pero Jeanie hace un rápido gesto negativo con la cabeza y la perra apoya el hocico sobre las patas.

—Estoy seguro de que la he oído caer —dice Julius cuando sus sollozos se apaciguan. Se pasa la mano por debajo de la nariz, se restriega los ojos con las palmas—. O el atizador y el cepillo, por lo menos. Pensé que sería Maude trasteando con algo. Volví a dormirme.

—No es culpa tuya —dice Jeanie, aunque todavía no sabe si en realidad piensa lo que acaba de decir. Su hermano, como su padre antes que él, dijo mil veces que aseguraría aquella baldosa. Cuando tu madre está muerta en el suelo de la cocina, ¿puedes echarle la culpa a alguien? Abraza a Julius y se quedan así durante unos minutos, hasta que Jeanie mira por encima del hombro de él y a través del hueco que dejan las cortinas—. Está nevando —dice.

Cubren a Dot con una manta. Jeanie quiere subirla al sofá, pero es demasiado pequeño. Pone a hervir agua, prepara té y

se sientan a la mesa a bebérselo con el cuerpo de su madre en el suelo detrás de ellos, como si fuera una niña a la que se le da muy mal jugar al escondite, y ellos estuvieran fingiendo no verla.

—Era una buena mujer —dice Julius—. Y buena madre.

Jeanie asiente y le murmura a su té:

—¿Siguen los caballetes en la antigua vaquería? —pregunta, sabiendo que Julius le leerá el pensamiento, como siempre ha hecho.

En el salón, enrolla la alfombra y empuja las sillas a un lado. Podría estar preparándose para un baile en una habitación donde nadie ha bailado nunca. Julius coloca una puerta vieja encima de los dos caballetes y vuelve a la cocina para levantar a su madre con un tirón y un gemido. No va a dejar que Jeanie lo ayude. Hay una larga lista de cosas que Jeanie lamenta no haber levantado nunca por culpa de su corazón débil: cajas, pacas de heno, bebés, tractores. Julius carga con Dot hasta el salón. Allí dentro hace frío, mucho más que en la cocina. Un antimacasar cubre el respaldo de un sillón demasiado mullido, sobre un aparador bajo pulido reposan una jarrita Toby y una fotografía enmarcada de Dot y Frank el día de su boda frente a un paisaje italiano en el que nunca estuvieron, y una pantalla tapizada oculta la chimenea que nunca se usa en esta mitad de la casa.

Nada más casarse, Dot y Frank estuvieron viviendo un año en la casa adosada de una habitación, pero en cuanto nacieron los gemelos, Frank negoció el alquiler del lado derecho, fiel reflejo del izquierdo. Unió las dos casas a toda prisa y condenó una de las puertas de entrada, de modo que desde la verja la casa parece asimétrica, mientras que en el interior todavía hay dos escaleras, y cada una conduce a un pequeño rellano y a un dormitorio.

Julius coloca a Dot sobre la puerta vieja y Jeanie cambia la manta por una sábana limpia.

Ya vestidos, hermana y hermano se sientan de nuevo a la mesa de la cocina, con la tetera rellena. Julius ha comprobado el cuadro eléctrico del lavadero; no han saltado los plomos, pero la electricidad no vuelve por mucho que manipule los cables.

—Supongo que tendremos que decírselo a un médico. ¿No es eso lo que se hace cuando alguien muere? —dice Julius, casi para sí. Cuando murió su padre, se siguió un proceso del que Jeanie y Julius no supieron nada y que ahora solo pueden imaginar.

—Los médicos son para los enfermos —dice Jeanie.

—Pero necesitaremos un certificado de defunción.

¿Para qué?, piensa Jeanie, aunque no lo dice en voz alta.

—Para poder enterrarla —dice Julius como si le respondiera—. Busco un médico, que nos dé el formulario y ya está.

Jeanie niega con la cabeza. Dot no habría querido que un médico viniera a la casa, ni certificados, ni formularios, ni autoridades. Ninguno de ellos ha visto a un médico desde hace años.

Pero Julius ya está en pie, poniéndose las botas de trabajo.

—Tendré que ir andando al pueblo —dice. En el pueblo, Inkbourne, hay un centro de salud, un salón municipal con baños públicos, una tienda de *fish and chips* y un pequeño supermercado con un mostrador del servicio postal. También está la antigua tienda de comestibles, que un joven de Londres con el bigote encerado ha comprado y convertido en un *delicatessen* donde vende pan de pijos, queso y aceitunas, y también algunas verduras y huevos que le suministran Jeanie y Dot. El propietario, Max, sirve cafés y pasteles sofisticados en mesas de aluminio que ha colocado en la acera para captar a clien-

tes, desde senderistas que siguen la ruta de larga distancia que atraviesa el pueblo hasta ciclistas vestidos de licra con billetes de diez libras doblados en el bolsillito delantero de las mallas.

—No puedo coger la bici —dice Julius, y Jeanie se acuerda de la nieve—. Si está abierto el centro de salud, se lo diré a Bridget, que lo querrá saber, y ella puede decírselo a alguno de los médicos. Si está cerrado, me acercaré a su casa. —Coge su abrigo del gancho de la parte de atrás de la puerta. Maude se levanta y mueve la cola.

—¿Hoy no tenías que terminar un trabajo de fontanería con Craig? —dice Jeanie.

—No pienso ayudar a subir una bañera de hierro por las escaleras y a meterla en el baño lujoso de no sé quién el día de la muerte de mi madre.

—¿Cómo vas a avisarlo?

—Enseguida se dará cuenta de que no me he presentado.

—¿No te iba a pagar hoy?

Julius hace una pausa.

—No voy a dejarte aquí sola todo el día.

—Tengo que darles de comer a las gallinas. Hay cosas que hacer en el huerto que no pueden esperar. —Se acerca a él—. Deberías ir, cobrar. Necesitamos dinero.

Julius tiene la mano en el cerrojo de la puerta de entrada.

—Ya veré. Si no puedo ir en bici, llegaré tarde igualmente. —su voz suena irritada; tal vez él también lo haya notado, porque vuelve a entrar en la habitación y abraza a Jeanie—. No te preocupes —le dice en el pelo—. Todo irá bien.

—Lo sé —dice ella empujándolo—. Venga, vete.

Lo ve marcharse desde la puerta de entrada con Maude a su lado, expectante y luego decepcionada cuando Jeanie la sujeta. Aspira el aire helado. El barro de abril está oculto, la nieve solo deja ver los picos y los valles de las plantas, igual que la sábana

que cubre el cuerpo en la habitación que hay a su espalda. Puede que la impresión de la nieve tan tardía provocara la caída de Dot. Si la vio, seguro que se preocupó por las plántulas de verduras expuestas al frío, y por el tiempo y el dinero que perderían. Más tarde, Jeanie habría llegado del huerto y habría visto a su madre sentada a la mesa de la cocina con un trozo de papel, masticando la punta del lápiz mientras calculaba una columna de números tras otra.

Durante ochocientos metros, el camino se curva a través de un pequeño bosque y luego entre los setos de dos campos. Cualquiera otro día, Julius se habría detenido donde la vista se abre y asciende, por el escarpe empinado y sinuoso con Rivar Down a la derecha, y a la izquierda, los cinco kilómetros de alta cresta caliza que llega hasta Combe Gibbet. Los grupos de árboles en las laderas —hayas, robles y coníferas— están blancos, la nieve es espesa y hay nubes bajas en las tierras comunales de pastoreo. Pero hoy mantiene la cabeza gacha y no repara en las huellas de los pequeños mamíferos y los pájaros que lo han precedido a través de la nieve. Lía un cigarrillo y se lo fuma mientras sigue los surcos que sus pies conocen tras cincuenta y pico años de recorrerlos andando o en bicicleta, aunque hoy esos surcos estén ocultos. Hacia el final, el camino se endereza y Julius deja atrás el dorso del cartel abollado que dice PRIVADO, PROHIBIDO EL PASO delante del corral. Allí, pasa junto a un enorme granero hecho de tablones ennegrecidos, cobertizos de hormigón con los laterales abiertos llenos de maquinaria olvidada y rodeados de ortigas. A la vuelta de la esquina está la casa de ladrillo y pedernal de los Rawson y su cuidado jardín, los arbustos podados en forma de muñecos de nieve gigantes. Puede caminar seis kilómetros y medio más

hasta el pueblo o llamar a la puerta de los Rawson y pedirles que le dejen usar su teléfono fijo o un móvil. Pepperwood Farm lleva en la familia Rawson tres generaciones; Rawson tenía veinte años cuando la heredó al morir su padre de un ataque al corazón. Sus ciento veinte acres incluyen la tierra cultivable desde el fondo de la cresta hasta la orilla del Ink, el arroyo fangoso que da nombre al pueblo. Incluye el hayedo que hay a ambos lados del camino y el prado de detrás del huerto, y oficialmente incluía la casa donde ellos viven y su terreno. Julius a veces trabaja en la granja cuando hacen falta un par de manos extra, pero de los trabajos siempre se encarga el administrador. Si Julius ve a Rawson alguna vez, con su atuendo de terrateniente formado por chaqueta de *tweed*, chaleco y pantalones de pana, se mantiene a distancia. Pero seis kilómetros y medio a pie la mañana en que tu madre ha muerto son muchos kilómetros a pie. Se acerca a la puerta de la casa.